

PERSONALIDADES

A propósito del Día Internacional de la Mujer

PRIMERA LÍDER FEMENINA DE CUBA

Durante la célebre Asamblea de Guáimaro, en abril de 1869, una criolla hermosa anticipó de lo que serían capaces las mujeres de esta isla. Ana Betancourt Agramonte no se anduvo con medias tintas: “Ciudadanos: aquí todo era esclavo; la cuna, el color y el sexo. Vosotros queréis destruir la esclavitud de la cuna peleando hasta morir. Habéis destruido la esclavitud del color emancipando al siervo. Llegó el momento de libertar a la mujer”.

En la multitud que escuchaba estaba Carlos Manuel de Céspedes, elegido Presidente de la República de Cuba y nombrado para la historia como El Padre de la Patria, quien se le acercó para felicitarla: “El historiador cubano al escribir sobre este día dirá, cómo usted adelantándose a su tiempo pidió la emancipación de la mujer”, así también Céspedes avizoró como los cronistas e historiadores la considerarían luego la primera líder femenina de Cuba.

Perseguida, hostigada, apresada, liberada, presionada y obligada finalmente al exilio inestable de nación en nación desde Latinoamérica hasta Europa.

No por gusto fue el nombre de esta camagüeyana adelantada el que se utilizó para las escuelas que pusieron en



manos de muchas campesinas cubanas las claves de su futuro.

Ana nació en la ciudad de Camagüey el 14 de diciembre de 1832 en una familia acaudalada. Recibió una educación pragmática como correspondía a las mujeres de la época sobre bordados, tejidos, cocina y atenciones hogareñas. Y se casó con el joven Ignacio Mora el 17 de agosto de 1854.

Mora era un hombre adelantado a su tiempo y no quiso dejar a su esposa solo para las labores hogareñas y las atenciones matrimoniales. Estimuló a Ana a estudiar idiomas, literatura y otras materias hasta que los sorprendió el fervor independentista.

La pareja se sumó sin titubeos a las luchas contra el colonialismo español. Mora fue uno de los setenta y seis camagüeyanos que protagonizaron, el 4 de noviembre de 1868, el Alzamiento de Las Clavellinas. Ana lo despidió y alentó: “Por tí y por mí, lucha por la libertad”.

La persecución y el hostigamiento de las tropas coloniales no se hicieron esperar y en diciembre, casi un mes después, se va Ana también a la manigua, a compartir con Ignacio los rigores de la vida insurrecta. Allí lo ayuda en la escritura y corrección de las proclamas revolucionarias que publicaba en el periódico *El Mambí*.

Por los azares de la guerra, Ana es apresada y deportada en 1871. Nunca más vería a Ignacio. Viaja a Nueva York, luego a Jamaica, donde trabaja enseñando a niñas cubanas. Pasa por El Salvador, donde dirige una escuela y recibe una hermosa misiva del esposo en la cual le alienta: “Bien, mi Anita, principias a recoger el fruto de tu bella inteligencia”.

De nuevo en Jamaica, en noviembre de 1875, recibe la trágica noticia del fusilamiento de su compañero. Pasa brevemente por Cuba y muere en España, sin haber dejado nunca de luchar por la patria.

DEBEMOS AVANZAR